



El escritor mexicano afincado en Brasil Juan Pablo Villalobos, ayer, en Barcelona. SANTI COGOLLUDO

LITERATURA LANZAMIENTO

ENTRE MARGINADOS DEL ARTE MEXICANO Y DESAPARECIDOS

Juan Pablo Villalobos arremete a carcajadas contra la historia política y artística de su país

MATÍAS NÉSPOLO BARCELONA
Era la primera novela que quería escribir cuando se afincó en 2003 en Barcelona. Ya de regreso, tras un tiempo viviendo en Brasil, 11 años después y otras tantas versiones abortadas de por medio, ahora es la tercera. Se titula *Te vendo un perro* (Anagrama) y más que la confirmación de una de las últimas voces narrativas latinoamericanas más solventes, es la certeza de que la nueva literatura mexicana ya tiene un nombre propio incuestionable: Juan Pablo Villalobos (1973).

Traducido a una docena de lenguas, Villalobos irrumpió en escena con *Fiesta en la madriguera*, un descaído retrato del narco desde dentro a través de los distorsionados ojos de un niño. Le siguió otra ácida y alucinada novela de formación, *Si viviéramos en un lugar normal*, que cautivó también a crítica y lectores. Y ahora se permite ir un paso más allá en su corrosivo sentido del humor para hacer saltar por los aires el arte mexicano de los últimos 80 años y la violenta historia política de su país en una suerte de reivindicación desmadrada de los marginales, los olvidados del canon, los desapa-

recidos o asesinados en fosas comunes de la historia reciente e incluso hasta los perros callejeros.

En el origen de esa primera novela que fue tercera había un gran maldito de su pueblo Lagos de Moreno, el pintor esquizofrénico y alcohólico Manuel González Serrano, que murió en la total indigencia en las calles del DF en los años 60. Rescatado no hace mucho en una gran retrospectiva, «se llegaron a decir cosas delirantes como que era una suerte de Van Gogh mexicano», recuerda Villalobos. Lo cierto es que bajo el dorado reinado de Diego de Rivera y Frida Kahlo, González Serrano no encontró su lugar.

Y su abortada *opera prima* no llegaba a buen puerto, «porque no quería que fuera una novela histórica», confiesa el autor que finalmente pudo dar con el tono y con la historia «al darme cuenta de que tenía que ser un personaje marginal de una novela, como lo fue de la pintura mexicana, protagonizada a su vez por personajes marginales», explica.

Pero en el proceso de escritura, esa historia que se lee a carcajadas se convirtió además en otra cosa:

«En una reflexión sobre la memoria y el olvido, la construcción del canon estético y la historia política de mi país», admite. Quizá siguiendo el dictado de Adorno: «el arte avanzado escribe la comedia de lo trágico». Y la cita del oscuro filósofo alemán no es inocente, porque su *Teoría estética* releída y subrayada obsesivamente, le sirven al narrador, Teo, para aplastar las cucarachas que inundan su cochambroso edificio.

Imposible resumir en pocas líneas el delirante argumento de una nove-

SU TERCERA Y BRUTAL NOVELA, 'TE VENDO UN PERRO', LE CONFIRMA COMO EL NOMBRE PROPIO DE LA NUEVA LITERATURA MEXICANA

la que abreva tanto de los geniales giros narrativos de un César Aira o un Mario Levrero, como del feroz humorismo de un Jorge Ibarguéngoitia, referentes todos ellos que Villalobos reconoce de buena gana. Bastadecir que el anciano Teo, ex

vendedor callejero de tacos y pintor fracasado que alimentó con su carrito a González Serrano, mantiene una erótica guerra sin cuartel con Francesca, la presidenta de la asamblea de vecinos y aguerrida líder de un tertulia literaria, asistido por otra belleza septuagenaria, Juliette, vendedora revolucionaria que provee de tomates podridos a cuanto alzamiento popular se precie, mientras recibe las visitas de un maoísta de rastas, un joven mormón, y la grieta bajo el Monumento a la Revolución se extiende porque los mostachos de Villa, Zapata y Madero no paran de crecer.

Lo cierto es que muertos y desaparecidos que campean en *Te vendo un perro*, como los cuerpos insepultos del terremoto de 1985, transforman las carcajadas, sin previo aviso, en un doloroso y grave retrato «del nivel de descomposición del Estado mexicano», dice Villalobos. «Y los estudiantes desaparecidos de Ayotzinapa obligan a releer todas esas historias desde otro lugar», reconoce el autor. Desde el lugar del «terror, la vergüenza, la humillación y la rabia que sacude a la sociedad mexicana».